

Marta González Herrero, *El culto imperial en el mundo romano* (=Temas de Historia Antigua 18), Madrid, Editorial Síntesis, 2020, 248 pp. [ISBN: 978-84-9171-458-3].

La autora de este libro, la doctora Marta González Herrero, es Profesora Titular de la Universidad de Oviedo y desde hace mucho ha concentrado su atención investigadora en la temática del culto imperial. El objetivo de la obra que aquí reseñamos es ofrecer una perspectiva global de lo que fue y representó este culto a lo largo de los siglos del Principado, haciendo hincapié en la simbiosis constante entre poder político y religioso.

Se trata de una obra especialmente necesaria en el estado actual de la investigación. Aunque los trabajos publicados hasta la actualidad son innumerables, muchos de ellos trataban cuestiones específicas o se centraban en una o varias provincias. Las obras generales más recientes de Palombi (2012, 2013 y 2014) o de Koortbojian (2013) se centran en Roma e Italia, y la de Lozano Gómez (2010) en Grecia. Si consideramos los trabajos relativos al culto imperial en las provincias occidentales, el referente sigue siendo la monumental obra de Fishwick (1987-2005) y para el caso de *Hispania* la de Étienne (1958). Sin embargo, faltaba una perspectiva general con bibliografía actualizada de la evolución del culto imperial que abarcara todo el Imperio, tratando no sólo el caso de la capital, sino también incluyendo la evolución y características particulares de cada provincia, algo que no existía en lengua española. Por otro lado, sucede que las obras sobre culto imperial se dividen entre aquellas que tratan de Oriente o aquellas que abarcan las provincias occidentales, muchas veces dando una imagen de dicotomía entre ambas. En este libro encontramos los dos ámbitos, de modo que proporciona una visión de conjunto que permite comprender las similitudes y diferencias.

De esta forma, esta obra ofrece un estudio sobre el culto imperial en la que se consideran el aspecto religioso y el político de forma imbricada, así como su evolución dentro de la sociedad romana, ya sea a nivel local o provincial. Superada hoy en día la visión del culto al emperador romano como una simple forma de legitimación política y expresión de lealtad hacia el mismo, se resalta en la actualidad su papel en la política de consenso impulsada por el Estado para lograr el gobierno y la cohesión del Imperio. Se convirtió así en un lenguaje propio de comunicación con las ciudades y provincias, y también en un medio de ascenso social para las élites locales, ávidas de poder y deseo de ser integradas en el sistema romano.

Organizada en 10 capítulos, el primero de ellos, “Política y religión en la Roma antigua”, proporciona al lector una visión general que sirve de base indispensable para comprender las características de la religión pública romana sobre las que se construye el culto imperial. Se hace hincapié en lo importante que resulta no establecer la dicotomía entre religión y política para analizar el culto imperial, definiendo este como el “conjunto de prácticas religiosas fundamentadas en la asociación de dioses y fuerzas divinas con los integrantes de la *domus Augusta*” (p. 15).

En el capítulo segundo, “La influencia del culto al soberano helenístico en el culto imperial”, se discute hasta qué punto el culto imperial es heredero del culto al soberano helenístico a través del análisis de las características y la evolución histórica del precedente griego, así como las conexiones entre el Oriente helenístico y el Imperio romano.

En el tercer capítulo, “Personalidades honradas como si fueran dioses en la Roma republicana”, se analizan los casos de figuras relevantes del mundo político y militar romano que, durante el último siglo de la República, reciben honores propios de los dioses y vinculan sus linajes con héroes y divinidades. La autora indica que es el desarrollo de este tipo de adoración la que permitió la consolidación de la práctica de honrar al gobernante como si fuese un dios en Roma. Para ello, realiza un repaso por la evolución histórica de este último siglo de la República, considerando los ejemplos de hombres prominentes de la sociedad que son venerados, incluyendo el caso de Julio César, base de la legitimación del sistema monárquico que se construye tras su muerte. Todo ello le sirve para concluir que el culto imperial combina el culto al soberano helenístico con esta práctica de veneración a hombres destacados de la sociedad romana republicana.

El cuarto capítulo, “Los fundamentos del culto imperial: la política religiosa de Augusto”, ofrece una panorámica sobre la utilización de la religión por parte del futuro emperador Augusto para divinizar su figura, aunque sin recibir culto de forma directa. La clave de dicha política religiosa era la perspectiva de que se trataba de una restauración de los valores religiosos republicanos, posibilitada por su acción, al mismo tiempo que sacralizaba su autoridad y construía una dimensión divina de sí mismo. Para ello fue fundamental la instauración del culto al *numen*, al *genius* y a los *Lares Augusti*.

Tras su muerte, la única manifestación reconocida oficialmente por Roma fue la dirigida a los emperadores y miembros de su familia divinizados (*divi* y *divae*) por decreto del Senado. Así, en el capítulo quinto la autora analiza esta cuestión. La *consecratio* se convirtió en el máximo reconocimiento al *princeps* y a la *domus Augusta*. Entre César y el reinado de Constantino I, excluyendo a ambos, se han contabilizado 58 *divi* y *divae*. Se analizan aquí los sacerdotes y *sodalitates* de los que disponían en la capital del Imperio y la estructuración del culto desde la divinización oficial de Augusto, mediante la creación de sacerdocios y la construcción de templos. Resulta problemático el caso de las *divae*, pues no existe testimonio de su culto en Roma y desconocemos quién se encargaba de supervisarlos.

En los capítulos sexto y séptimo se estudia la evolución del culto imperial durante el Alto Imperio y la Antigüedad Tardía. Algunos emperadores procuraron vincularse con divinidades del panteón tradicional romano, con el objetivo de sacralizar su poder. Si Augusto asoció su figura a Apolo, la dinastía Flavia se vinculó a Júpiter, mientras que el emperador Cómodo lo hizo con Hércules. A partir del siglo III, el cristianismo se convirtió en un factor más a tener en cuenta en la evolución del culto imperial. Sin embargo, los emperadores persistieron en su vinculación a determinadas divinidades. A pesar del menor volumen de evidencias epigráficas que, desde los años treinta del siglo III, se relacionan con el culto público de los emperadores, ello no supuso una crisis para la religión pagana. Para la autora, los cambios que se produjeron no serían síntomas del declive del culto imperial, sino de la progresiva agonía del *cultus* estatal, es decir, de la práctica ceremonial relacionada con ella.

El capítulo octavo está dedicado al culto imperial de la provincia en el Occidente romano. Se trata de un ámbito que la autora ha investigado específicamente, puesto que en 2015 publicó el trabajo *La implantación del culto imperial de la provincia en Hispania*. Se contemplan en este capítulo el culto en todas las provincias occidentales, considerando que se trata de un fenómeno de gran relevancia en la dinámica del Imperio. En palabras de González Herrero, “constituye un instrumento de legitimación del régimen imperial y de la política de consenso impulsada por Roma, a la vez que sirve como vía de promoción social a las élites colaboradoras con el poder dominante” (p. 149). La diferencia de información que poseemos entre unas provincias y otras explica que de algunas apenas conozcamos cómo se produjo. Por ello, la autora hace hincapié en aquellas mejor documentadas, especialmente el caso hispano, y considera sobre ellas aspectos como el objeto de culto, el flaminado de la provincia masculino y femenino y la legislación conocida al respecto (*lex de flamonio provinciae Narbonensis*).

En el capítulo nueve, “Las iniciativas de culto imperial promovidas por los *koina* del Oriente griego”, se destaca el papel de los *koina* en la promoción del culto imperial. Se consideran las peculiaridades de la evolución histórica del culto al emperador en el Oriente griego, así como los mecanismos de implantación, especialmente a través de la designación de una ciudad con el título de *neokoros*, que proporcionaba el derecho a albergar un templo de culto imperial. La competencia entre las ciudades para obtener este privilegio fue dura, especialmente en las provincias más urbanizadas, pues este título aumentaba el prestigio y la influencia de las ciudades dentro de los *koina* y, en consecuencia, los apoyos que la sustentaban. Además, les permitía tener una relación más directa con el emperador, algo que podía suponer la obtención de beneficios o ventajas.

El último capítulo está dedicado al culto imperial en el ámbito cívico, posiblemente uno de los temas de investigación más fructíferos en relación con el culto al emperador romano. La autora trata aquí tanto los casos de Italia y las ciudades del Occidente romano como los de las ciudades del Oriente griego, evitando plantear su estudio en términos de dicotomía, pues justifica que las diferencias en el desarrollo en las dos áreas se vinculan con la tradición religiosa. Considera para ambos ámbitos la evolución del objeto de culto, haciendo especial incidencia en que la diferencia de los títulos de los sacerdocios indica si se trata del culto del emperador en vida (*Augusti*), divinizado (*divi Augusti*) o a ambos (*augustalis*). Resulta interesante que la autora considere tanto los testimonios de culto en vida de Augusto como los posteriores a su *consecratio*, puesto que los primeros no suelen ser considerados en la bibliografía referida al culto imperial, aunque poseen un enorme interés.

En definitiva, se trata de un libro que abarca un tema extenso y abarcable desde múltiples ópticas de una manera sintética, directa y rigurosa. Su lectura es fundamental para una aproximación general a la cuestión, así como para un acercamiento a los posicionamientos actuales en torno al culto imperial romano. Se valora especialmente la capacidad de contemplar provincias cuya información y características es tan dispar, ofreciendo una perspectiva global de un tema enormemente complejo. La obra se complementa también con una selección de textos de fuentes literarias referentes al tema tratado, aunque se echa en falta una conclusión general que aúne todas las ideas y consideraciones planteadas a lo largo de sus páginas. Son especialmente interesantes los comentarios sobre la divinidad del emperador, muy cuestionada en la historiografía, pues su figura se debate entre

el mundo de los hombres y de los dioses, quizá intermediaria entre ambos; como bien indica la propia autora, el historiador nunca podrá determinar qué naturaleza divina poseía el emperador en el imaginario colectivo de los romanos, pero sí podrá seguir investigando el *cultus* que recibió, así como el papel que desempeñó en las estructuras de poder, político y religioso, del Imperio.

Noelia Cases Mora  
Universidad de Alicante  
noelia.cases@ua.es